

adorna el patio del palacio de la Universidad de Padua.

La figura alegórica de la Guerra que sostiene este pedestal, es de Leon Leóni Aretino.

En tercer término se ven dos candelabros: el uno, á la derecha, esta en la iglesia della Salute en Venecia; el otro á la izquierda, ejecutado por Riccio es de bronce, y se conserva en Padua en la iglesia de San Antonio.

El facistol es una obra muy notable que se vé en la iglesia de San Pedro de Roma.

Por último el ornato que sirve de fondo á nuestro grabado, está tomado de la bonita iglesia de los Milagros en Venecia. Parece que en el siglo XV hubo un concurso para la construcción de esta iglesia. Los mas célebres arquitectos de Italia entraron en competencia, pero se ignora el nombre del vencedor; lo único que se sabe es que el trabajo material fué confiado á Pedro Lombardo.

LOS RETRATOS VIEJOS.

Cuando yo era aun jóven, y tenia todas las preocupaciones del presente, la antigüedad no me inspiraba sino desprecio. Arrogante como todos los de mi edad y dotado de una fuerza propia de la juventud, nada me arredraba ni me admiraba en mis contemporáneos. Siempre que volvía la vista al pasado, no veía sino preocupaciones, supersticiones ó servilismo; mi generacion me parecia destinada á comenzar la historia, y á llevar el mundo como Atlas.

De esto nació mi gran desden por todo lo que no era de mi tiempo. Me burlaba de las modas y costumbres antiguas y una cabeza blanca me hacia burla. Huérfano, casi desde mi nacimiento, habia crecido en medio de compañeros de mi misma edad, sin parientes ni amigos que hubiesen podido reconciliarme con la vejez; esta me desagradaba tanto en las personas como en las cosas: cuando no me hacia reír me daba miedo.

Mi existencia era alegre, aunque penosa; arrastrado por la actividad febril de la sociedad moderna, me complacia en acostumbarme á ella. Parecia al jóven viajero que se complace en luchar con las olas; pero el cansancio venia pronto, y entonces habria deseado un rincón en que sentarme ó un rayo de sol para reanimarme. Encerrado en los límites de una estrecha medianía, hubiera deseado alas de oro para traspasar los espacios. Obligado á ocuparme de mi mismo para vivir, habria querido tener tiempo para pensar en los otros y servirlos.

Un suceso inesperado vino á separarme de mis trabajos y de mis sueños; supí la muerte de un primo lejano de provincia, de quien jamas habia oído hablar y que me dejaba una herencia. La carta del notario reclamaba mi presencia como indispensable para apresurar la toma de posesión. Fué pues necesario decidirse á tomar la diligencia de Borgoña que debia conducirme al pueblo en otro tiempo habitado por el difunto.

El viaje fué bastante bueno: un hermoso sol de otoño iluminaba el campo, los bosques estaban coronados de sus últimas hojas, y no se oía por todas partes sino las campanillas de los bueyes que llevaban las mieses, y los cantos de los campesinos que iban guiando las carretas. En último resultado, no estuve muy descontento de la provincia hasta mi llegada á "... Pero allí me dijeron que era necesario dejar la diligencia, é irme á pié al pueblo en que me esperaban: habia que andar dos leguas por senderos que las lluvias habian puesto casi intransitables. El día empezaba á declinar, y una fria niebla reinaba ya en el fondo del valle, por lo

cual me puse en camino de bastante mal humor y dando al diablo los países en que no háy coches de alquiler.

Desgraciadamente las señas que me habian dado no eran suficientes: todos aquellos senderos á través de las viñas tenían para mí el mismo aspecto; varias veces me perdí, y ya era enteramente de noche cuando llegué al pueblo. Me fué necesario ir de puerta en puerta para acertar con la casa del primo, en donde no encontré á nadie á mi llegada.

Uno que pasaba me dijo que Felicia (este era el nombre de la criada) estaba rezando en la iglesia. Fué necesario esperar su vuelta paseándome en el patio con las manos en los bolsillos, y la nariz oculta entre el cuello del paletot.

Esta centinela á la puerta de mi propia casa hubiera tenido algun chiste, sin la fatiga y la neblina que se iba transformando insensiblemente en una menuda lluvia. Ya se me empezaba á acabar la paciencia, cuando se presentó una vieja criada, á quien reconocí por su devocionario.

A la vista de un extraño en pié cerca de la puerta, se detuvo y me preguntó lo que buscaba.

— Busco á la señora Felicia, esclamé yo, irritado.

— Señorita, queréis decir, replicó la vieja con voz agría; soy yo; ¿que deseáis?

— Por lo pronto que me abrais la puerta, y despues que me deis lumbré para secarme.

Y con objeto de prevenir otra objecion, le dije mi nombre.

Yo me prometia que al oírle, la vieja criada se desharía al punto en cumplimientos; pero, lejos de esto, me miró con una especie de desconfianza poco simulada.

— Ah! es el señor heredero! dijo con voz lenta; en ese caso voy á prevenir al escribano!

— Vaya al diablo el escribano! interrumpi con impaciencia, se trata de no estar aquí ni un minuto mas, entremos, pues.

— Lo siento mucho, pero me han encargado el cuidado de la casa, contestó ella resultantemente; y voy á poner á cubierto mi responsabilidad; esperadme aquí; el escribano decidirá lo que debo hacer.

Y sin esperar mi respuesta, me volvió la espalda y desapareció por una callejuela.

Yo volví á comenzar mis paseos delante de mi herencia. Al cabo de media hora Felicia se presentó acompañada de un hombrecito con anteojos que se dió á conocer como el escribano, y á quien entregué la carta que me habia escrito, y los documentos justificativos de mi identidad. Despues de haberse enterado de todo á la luz de una linterna, tuvo la amabilidad de reconocer que yo era la persona en cuestion, y dió orden de que me dejaran entrar.

Durante todas estas formalidades, yo habia continuado mis paseos, maldiciendo por lo bajo á todos los escribanos de pueblo. Tan luego como se abrió la puerta, dije brusca yamente al escribano que iria á su casa al día siguiente, y me precipité en el negro corredor sin decirle que me seguiera.

La vieja criada apareció bien pronto con su linterna en la mano y me condujo á un antiguo salon amueblado con cuatro sillas de paja, un antiguo sillón desvencijado y sin otro adorno que dos estampas de Pablo y Virginia coloreadas sobre la chimenea entre cuatro calabazas jaspadas.

La dificultad que habia tenido para hacerme reconocer, junto con el camino y la niebla, me habian puesto de mal humor; y sin tratar de disimularlo mandé á la criada que me hiciese lumbré y me preparase que cenar, mientras tomaba conocimiento del resto de la casa.

Púsemé pues á visitarlo todo armado de un viejo candelero de plata con su vela de sebo.

Todo correspondía con el salon en que habia sido recibido. Las colgaduras estaban desteñidas y manchadas, y algunas de ellas que eran mas nuevas parecian al lado de las otras andrajos remendados: los muebles de forma antigua, no guardaban enteramente las habitaciones mal cerradas; cuidado, elegancia, comodidad, todo faltaba en esta antigua habitación; yo encontré en todo ello, á mi modo de ver, un testimonio elocuente de la barbarie de nuestros antepasados, y una nueva prueba de que el buen gusto y la sensatez no habían empezado sino hasta nuestra época.

Lo que sobre todo me llamó mas la atencion fué la alcoba: la cama, en forma de tumba, estaba encerrada entre cuatro cortinas de sarga verde apollada; sobre una mesa sin gabinetes, habia un jarro desportillado, y una palangana de colores: en la pared estaban colgados algunos retratos de familia capaces de atacar los nervios de algun buen conocedor. Pintados en diversas épocas, representaban personajes de diferentes profesiones, entre los que pude distinguir un eclesiástico, un mercader, un juez, y por último un hombre bastante robusto que la señora Felicia me dijo era su difunto señor.

La buena criada vino á advertirme que la cena estaba lista, y yo la seguí al comedor.

El aspecto de la mesa me llamó la atencion; el mantel, sacado de un armario reservado, tenia listas amarillentas; los platos de barro de pipa estaban cuarteados á fuerza de uso: en dos saleros sin patas habia sal de la cocina, y pimienta muy mal molida.

La señora Felicia me sirvió una sopa de viérnes, sin manteca, y los restos de una gallina cuceca, que su solicitud maternal habia dejado en los huesos: la vieja criada me dijo que aquello era el alimento diario de su difunto señor; pero, para obséquiarle añadió tres manzanas medio podridas, y un pedazo de queso bastante añejo.

Mas descontento que nunca de mi viaje traté de irme á la cama. La criada me alumbró hasta la alcoba, cuyo lecho fúnebre, y cuyos retratos me causaron una impresion aun mas desagradable que la primera. Volvíme brusca yamente hacia la criada y le pregunté, si conocia algun tasador.

— Un tasador! repitió no conozco ninguno.

— No se hacen aquí ventas públicas?

— Si, señor.

— Y entónces de qué medios se valen?

— El prigionero anuncia lo que se quiere vender, en las plazas de los pueblos inmediatos.

— Pues bien! que venga mañana el prigionero, para que anuncie la venta de todo lo que se encuentra aquí.

— De todo! No queréis guardar nada?

— Nada.

— Ni siquiera los retratos?

— No.

— Ah! sin duda no sabéis que son retratos de familia!

— Os digo que lo vendó todo. Buenas noches.

Y tomé la vela á la señora Felicia que salió de la alcoba acongojada.

— Qué quiere que haga yo de esos lienzos pintorrotocados? Ah! os venderé grotescas figuras aunque no fuese mas que por desprecio hacia el tiempo que representais! Este triste interior es el vuestro, estas costumbres sin elegancia son las que vosotros nos habeis legado; esta vida despojada de todos los encantos de nuestra civilizacion moderna, es vuestra vida perpetuada por la tradicion, fuera, fuera de aquí. Nosotros no somos de vuestra raza, ni nada hay de comun entre nosotros.

Haciéndome estas reflexiones á mi mismo me meti en la cama; pero el cansancio y el mal humor no me dejaban dormir. Tomé el libro que habia traído para entretenerme durante el camino y en seguida el inventario de la sucesion que el escribano me habia entregado.

Aquí me esperaba una sorpresa mas agradable que las otras. El total se elevaba á una suma en que yo estaba lejos de pensar, y que me hacia casi rico. Este descubrimiento inesperado disminuyó singularmente mi despecho, y comencé á poder digerir mi mala cena. Me puse á examinar el inventario en sus detalles, hasta que los números comenzaron á flotar delante de mis ojos medio cerrados y hasta que por fin perdí el conocimiento de todo lo que me rodeaba.

Bien luego me pareció sentir un ruido de pasos á la cabecera de mi cama; abrí los ojos y vi una docena de personas agrupadas en mi derredor. Todos tenían trages antiguos y diferentes, en los cuales reconocí con gran sorpresa, los de los retratos colgados en mi alcoba. Al instante los busqué con mi vista para compararlos. Los marcos estaban allí colgados; eran en efecto las antiguas imágenes de la familia, resucitadas sin duda por un milagro.

A su cabeza estaba un viejo que no habia visto en la coleccion; fijé mis ojos en él con una curiosidad que hubo de comprender sin duda.

— En vano buscariais mi imagen entre esos retratos, me dijo: en mi tiempo ningún pintor se hubiera tomado la molestia de reproducir las facciones de un siervo como yo! pero yo comprendí las miserias de mi condicion, y á fuerza de trabajo logré comprar mi libertad, y gracias á ella, uno de mis descendientes que ves aquí ha podido instruirse y llegar á ser déligo.

El sugeto que él habia designado, se adelantó entónces, y dijo dulcemente:

— Los pobres y los oprimidos tenían necesidad de apoyo: sostenido por el nombre de Cristo, he procurado servirlos; he ayudado á instruir al pueblo, y á fortalecerle por la probidad, la esperanza y la paciencia, mientras que mi familia tomaba un puesto distinguido entre los honrados mercaderes de la provincia.

Un tercer interlocutor exclamó entónces:

— Este puesto transmitido por nuestros padres yo le he engrandecido, dije con cierta importancia; nombrado síndico de mi corporacion, he obtenido para ella nuevas inmunidades; nosotros nos hemos reunido para defender el fruto de nuestro trabajo contra la violencia, y yo he sido uno de los fundadores de esta clase media que ha asociado los intereses generales bajo el nombre de comunes.

— Y yo, continuó su vecino, que en la toga y el rostro severo, me podrias reconocer como magistrado, he contribuido á hacer prevalecer la ley sobre el capricho, y la equidad sobre el crédito. Los mas poderosos han tenido que someterse á la decision de los jueces: la fuerza ha cedido ante el derecho.

— Sin contar que ella se ha declarado asullar suyo, añadió un oficial; los descendientes del siervo de otros tiempos han concluido por ceñir la espada, y por ser los defensores de la patria y de las leyes! Desde que una y otra han pertenecido á toda la nacion, la nacion ha derramado su sangre para defenderlos: siendo todos soldados, todos somos caballeros.

— Si, replicó el último interlocutor en quien reconocí el retrato del primo, mis antepasados habian conquistado para nuestros descendientes, la justicia y la libertad; era necesario procuraries recursos, y yo he aceptado este papel de

hormiga. Gracias á mis trabajos y economías, he mejorado el pequeño patrimonio que nuestros padres me habían legado, he aumentado los ahorros y he engrandecido los dominios; por lo cual he dejado mas de lo que he recibido y gracias á la probidad de Felicia todo llegará intacto á mi heredero. Con esto le habré asegurado el descanso para que cultive su inteligencia y la independencia para hacer bien; en fin, la felicidad de no tener que ocuparse de él sino de los demás. Si él es digno de este favor, sabrá aprovecharlo, y guardará en el fondo de su corazón un poco de reconocimiento por el hombre que le ha preparado esta tarea; lejos de burlarse de él, le bendecirá y sabrá santificar lo que su anciano primo le ha economizado, prodigándolo generosamente á los demás.

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con un acento tan vivo, que me estremeci sin quererlo y... me desperté.

La luz iba á apagarse y los retratos estaban en su sitio; el inventario y el libro habían rodado hasta los pies de mi cama; mi visión no era mas que un sueño!

Un sueño ó mas bien la voz de la sensatez y de la conciencia. Estos retratos eran en efecto el símbolo del pasado; cada

uno de ellos me recordaba los servicios prestados por un siglo y por una clase: marcaban por decirlo así, el paso del tiempo en el camino del progreso. Para los que supieran comprenderlos, había allí una glorificación de la obra de nuestros antepasados.

Herido de un rayo de luz, estendi mi mano hacia esos lienzos medio borrados y como si hubiesen podido comprenderme, exclamé:

— Ah! perdonadme; perdonadme, veteranos de los siglos; ahora comprendo el respeto que se os debe; todas las espigas cogidas hoy, han sido sembradas por vuestras manos; el presente no es mas que la consecuencia del pasado y la tradición es el instrumento del progreso. Perdonadme, vosotros que no habéis conocido el árbol de la ciencia, sino cuando era pequeño, pero que le habéis regado con vuestro sudor y vuestra sangre. Ahora conozco que mi orgullo era ingratitude, en adelante os reservaré un lugar piadoso en mis recuerdos.

Y vosotros, vestigios de un tiempo que nosotros no sabemos comprender, en adelante no escitaréis ni mi risa ni mi cólera pues que sé sois aun las ruinas de una civilización que ha cumplido con su misión.

FELIPE WOUWERMANS.



EL ASNO

« Un asno, dice Esopo, estaba sirviendo á un jardinero; comía poco y trabajaba mucho, por lo cual suplicó á Júpiter que le diese otro amo. En efecto, Júpiter accedió á sus deseos é hizo que pasara á servir á un alfarero. El animal se encontró peor, pues el trabajo con este nuevo amo era mas duro y mas pesado; nuevas instancias para cambiar de dueño: pasa enseguida á un curtidor, que era para él mucho peor que los precedentes. Entónces el asno viendo que su

condicion no mejoraba, exclamó sollozando: « Miserable de mí! Mas me valia haberme quedado en casa del jardinero; veo que el amo que tengo ahora, no parará hasta curtir mi piel. »

El asno de Wouwermans que acompaña á este artículo me ha hecho recordar al instante aquel otro de los tiempos anti-históricos de que habla el antiguo fabulista. Al verle se convence uno, de que los tiempos son siempre iguales, lo mismo

para el asno que para el hombre. No sabemos si su amo es jardinero, alfarero ó curtidor, pero podemos asegurar á ciencia cierta que su amo le olvidó y que él olvidó á su amo. Atestado de yerba, con los ojos fijos en la corriente del agua, parece estar esperando á que pase el río, lo mismo que el campesino de Horacio; parece estar diciendo como aquel personaje de la antigüedad á quien querían distraer de sus placeres: « Dejemos para mañana los cuidados. »

Como obra de arte este asno es perfecto. Diríase que Wouwermans no ha pintado en su vida mas que asnos, porque solo así se cree posible tamaña perfección!

Y sin embargo todo el mundo sabe que este artista ha pintado muy poco estos animales, si se compara el número de los que se encuentran en sus cuadros, á la multitud verdaderamente prodigiosa de caballos con que ha llenado esos mismos lienzos. Los caballos! Wouwermans no ve mas que eso en la naturaleza entera: es su historiador, su pintor y su poeta. Pinta escenas de caza para tener una ocasion de pintar caballos; hace batallas con el mismo objeto; en una palabra, siempre elije asuntos para sus pinturas en que pueda sobresalir su animal favorito, que es el caballo.

Así ha sido que en este género ha logrado su intento de una manera tan completa, ha hecho cosas tan buenas, y ha dado á todas sus composiciones una vida tan animada, que no solo los aficionados de su país sino que hasta los de las comarcas vecinas se disputan sus obras á peso de oro. Y sin embargo, Wouwermans, como otra porcion de pintores contemporáneos suyos, llevó una existencia pobre y desgraciada. Solo se enriquecieron los que traficaron con los cuadros de este maestro que, á pesar de su estremada fecundidad, supo dar á todas sus obras el mas esquisito acabado.

Felipe Wouwermans, del cual volveremos á hablar próximamente, nació en Harlem en 1620 y murió en la misma ciudad en 1648.

J. J. ARNOUX.

BENEDETTA.

(Véanse las páginas 98, 106 y 124.)

Otros pensamientos exaltaban la mente de Benedetta: ya no era el orgullo del triunfo, la embriaguez de los aplausos y esa gloria precoz que sucedía á su oscuridad la que ocupaba su alma; tenía allí, en las manos, un papel que acababa de romper el último eslabón de la cadena que sostenía sus postrimeras esperanzas. En aquel papel, la noble jóven había leído una sentencia que su amor no quería considerar como posible: conocía que sus lazos todos estaban rotos, que su hijo ya no tenía padre, que ella no tenía ya esposo; y sin embargo, en medio de tan horrible angustia la quedaba un dulce recuerdo; una idea consoladora se deslizaba por su mente: el conde de Acquaviva seguía amándola; don José había hecho constar su dolor, sus largos días de remordimientos, sus terribles noches de agonía. Benedetta se hallaba dispuesta aun á llorar tanto amor; dispuesta á perdonarle su abandono.

La jóven vió á Metastasio que observaba con el mayor interés aquel dolor silencioso cuya causa ignoraba, y le tendió una mano amistosa, diciéndole:

— Dispensadme, mi querido maestro, por este postrer recuerdo consagrado á una vida cuyas amarguras todas han finalizado esta noche. Estabais triste porque veiais que lo estaba yo; en adelante estaréis alegre con mi alegría, porque esta noche he comenzado mi nueva existencia. A vos, y á

Palestri lo debo; ya veis que os debo estar agradecida.

Metastasio fué bastante discreto para no responder: únicamente al despedirse de Benedetta la dijo apoyando sus arrugados labios en su mano blanca y delicada:

— Adios, mi querida Diva! Permita Dios que vuestros sueños sean tan dulces esta noche como los de todos vuestros admiradores!

Desde aquella noche principió para Benedetta esa existencia de grande artista, ese largo sueño adornado de mil felicidades que se renuevan incesantemente todos los días. Los aplausos del teatro habían resonado hasta en los palacios; y los jóvenes señores de la corte, así como los dilettantis de Nápoles, fascinados todos por el mismo deseo, atormentados todos con el mismo martirio, iban los unos y los otros á admirar aquel astro naciente, á saludarle en su aurora, á fin de enorgullecerse con uno de sus rayos, y consagrarle un recuerdo de su entusiasta amor. Benedetta era libre, y su corazón no se hallaba cerrado enteramente á tantas y tan halagüeñas impresiones. Guardaba consigo un testimonio de sus flaquezas, un hijo cuyo nacimiento y cuyo nombre eran un misterio como su propia vida, y este misterio estimulaba mas y mas las pasiones. De este modo vió caer á sus pies esas nubes de adoradores que persiguen á las mujeres célebres, que las toman primeramente bajo la coqueta de su protección, con ánimo de verse ellos mismos protegidos despues por el nombre que arrebatan como una conquista. Benedetta recibió, envueltos en ramilletes de flores ó ocultos bajos los pliegues de las mas ricas telas, mil sonetos perfumados todos con las mismas declaraciones, y otras tantas cartas amorosas destilando una ternura improvisada, llenas de grandes promesas en cambio de una sonrisa ó con la esperanza de obtener una mirada.

En los salones de su casa, que parecían una ciudad tomada por asalto, donde todos los espectadores de la primera noche se creían con derecho de entrar como vencedores, oyó resonar los nombres de todas las glorias de Nápoles, de todas las celebridades del presente y del pasado. Benedetta era una reina cuyos cortesanos solicitaban una ojeada, una reina rodeada de homenajes, y que, perdida en medio de esas olas adulatorias, no tenía palabras suficientes en los labios para responder á todos, para resistir á las vivas instancias de aquellos que trataban de abrir su corazón y entrar en él con la ménos generosa de las seducciones.

Las fiestas de cada día sucedieron á las ovaciones de cada noche. Nápoles fué adornada para ella con todas sus magnificencias, fué embellecido, por decirlo así, para que su residencia en él fuese risueña y encantadora. Cuando Benedetta se cansó de tantos homenajes, cuando hubo pagado con su sonrisa ó con su presencia todas aquellas fiestas de que era el ídolo, volvió á la vida tranquila que ambicionaba, y tranquila, poseyendo la conciencia de su virtud, se entregó á los estudios de su arte, se creó un mundo, una sociedad á su gusto compuesta de amigos experimentados y en medio de las continuas provocaciones de que era objeto, permaneció tan pura en el pensamiento como en la conducta.

Y esto consistía en que dentro de aquella alma, cuyos nobles instintos había perfeccionado una rápida educación, existía un profundo sentimiento del deber, una elevada inteligencia de la vida y del arte; consistía en que ademas de aquellas obligaciones sociales á que se sometía muy naturalmente, conservaba un amor inalterable en su corazón: era porque si un capricho de gran señor que pretendía á la igualdad filosófica la había elevado al rango de esposa y de madre, ella se consideraba como responsable ante Dios y ante su hijo,

del juramento que por su parte no había violado, del lazo sagrado que ella no había roto.

En Nápoles como en casi todas las principales ciudades de Italia, el ser prima donna con todos los encantos y todas las superioridades que este título exige, es ejercer en cierto modo una especie de soberanía y reinar con la mas dulce de las prerrogativas, siendo á la vez el orgullo de un sexo y el ídolo del otro; es gastar en pocos cuantos brillantes años de conquistas de toda especie, de encantos de todas naturalezas, los gozos del amor propio, las ilusiones de la coquetería y los sueños de gloria mas ambiciosos; es vivir en una atmósfera de flores y de placeres, es sonreírse por la mañana á las delicadas lisonjas de sus cortosanos, y embriagarse por la noche con una embriaguez popular que una voz de mujer comunica á la muchedumbre, y con esos aplausos prolongados que resuenan siempre en su alrededor; es hallar á cada paso la felicidad que ya ni se desea, un incienso sin mas atractivos; es, por último, una existencia de adoración perpetua, mas espíndente y brillante cada vez.

En su primera aparición sobre la escena, la Diva había obtenido ese triunfo, y había excitado ese entusiasmo, que no se debilitó en lo mas mínimo en las siguientes representaciones. Por unanimidad fué proclamada la reina del teatro, y en el encanto de las ovaciones, la jóven pasó algunos años sin tener tiempo apenas para contarlos. Sin embargo, en medio de esos transportes que parecían nacer por donde andaba, á veces se traslucían en su frente ráfagas de dolores pasajeros, y recuerdos de inquietudes y pesadumbres. Hubiera podido decirse que dos almas animaban siempre su voluntad, y atormentaban sus sentidos, impregnados alternativamente de sus gozos ó sus padecimientos. Una de estas almas le daba fuerzas para sonreír al mundo, para inspirarse con sus caricias, y apasionarse de sus placeres, y la otra como un amigo predilecto, acudia en las horas silenciosas de una soledad anhelada, para volver á abrir la fuente de sus lágrimas, para sentarse á la cabeceira desulecho, y traerla á la memoria en penosos insomnios, unos recuerdos siempre palpitantes, un amor profundo siempre, y dolores que el tiempo no podía debilitar jamas.

En esta alternativa de éxtasis que renacían incesantemente bajo mil formas, y de penas que nadie habría podido adivinar, pasáronse muchos días y muchas noches. La Diva, que sus amigos entusiastas coronaban con una aureola casi celeste, fué llamada á Florencia, á Venecia, á Milan y á Génova, para que todo el diletantismo italiano sancionara aquella fama nacida bajo el cielo napolitano. Por todas partes la jóven recibió una igual acogida, por todas partes oyó los mismos elogios, y resonaron á sus pasos iguales transportes. En Milan como en Venecia, en Florencia como en todos los demas teatros donde cantó, continuó siendo siempre aquella Diva idolatrada de la muchedumbre y de los salones; pero cuando se la propuso pasar á Roma, la Diva no quiso consentir en ello, y resistió con todas sus fuerzas aun á los deseos del mismo Metastasio á quien profesaba un afecto tan puro.

— No, maestro, le decía; no hablemos jamas de Roma, porque he sido bien desgraciada en ella.

— Entiendo, respondía el poeta imperial, pesadumbres de amor, no es cierto? Ah! Diva! Bien os habeis vengado de ello. Eso se llama no ser generosa, hija mia, y siendo tan buena, tan digna de ser amada como sois, no debíais desdenar los nuevos homenajes, ni alimentar esa tristeza, que, cual un gusano roedor, ennegrece de cuando en cuando vuestra frente y hace palidecer vuestras facciones.

— Ya sabeis, Metastasio, que hay dolores que solo el tiem-

po ó la ausencia pueden calmar; que hay penas del alma que uno trata de eternizar á veces, y cuya curacion ni busca ni desea.

— En poesía y en el teatro, no digo que no, mi querida Diva; pero tenéis sobrada razon para tomar las cosas tan á pecho, sobre todo en un mundo donde ya sabeis que es perjudicial é inútil el obrar así.

— Es verdad; pero cuando la razon y el corazón se hallan de acuerdo, porqué no hemos de seguir sus inspiraciones?

— Hija mia, cuando se trataba de rechazar con virtuosa indignacion los amores de un día, os he alabado y siempre os alabaré mucho; pero hay hombres que disfrutan de grandes posiciones en el mundo, hay artistas eminentes que se desahacen en deseos de depositar á vuestros piés su gloria y su fortuna: quién os impide el elegir entre ellos un esposo?

— Y si estuviere ya casada, Metastasio, y si no fuese dueña de mi mano?

— Entonces, hija mia, diría que debéis volver á Roma, porque solo allí puede verificarse el desenlace de la historia de vuestra vida. Escuchadme, mi querida Diva, muchas veces he interrogado á Palestri sobre vuestro pasado, que debe interesarme lo mismo que vuestro porvenir. Con un anhelo enteramente paternal, y que sin duda alguna me perdonaréis, mil veces he tratado de descubrir el misterio de vuestra vida, y para ello he molido á preguntas á nuestro buen Palestri, pero nada he podido sacar de él sino que habeis sufrido muy grandes infortunios y nada merecidos.

— Palestri, respondió la Diva despues de unos instantes de reflexión, no podía decirnos otra cosa á ménos de inventar una fabula: eso es poco mas ó ménos todo lo que sabe.

— Enhorabuena; pero Palestri cree tambien que podéis cantar en Roma algun tiempo sin que por eso peligre vuestra tranquilidad, lo que desea con el mayor ardor porque no os ha oido todavia, y naturalmente el maestro quiere disfrutar de su obra, quiere aplaudir á la Diva que ha formado.

— No digo que no; despues veremos...

— Con que vamos á ir, no es verdad? Hija mia; os debo una postrera confidencia y esta es la mas cruel de todas para mi.

Benedetta miró al poeta con ansiedad.

— Qué queréis decir? le preguntó.

— Se trata de una cosa particular mia, de una orden que nos roba el placer de consagrarlos toda mi existencia. Mi protectora la emperatriz me llama á Viena, y ántes de mi partida, que será tal vez para nosotros una eterna separacion, querria, hija mia, veros dichosa, y quisiera tambien poder contribuir en algo á esa felicidad de que tan digna sois. No ignorais que en Roma tengo algun crédito cerca del Soberano Pontífice y del sagrado colegio de los cardenales, y me habia lisongeado de que allí, en los lugares testigos de vuestros infortunios, podríais quizá hallar un remedio. Me prometia que no me negarais vuestro apoyo, y que ántes de morir podría tal vez contribuir á haceros ménos aciaga la existencia: consentis en ello, no es verdad?

— Si fuera posible, Metastasio, que vuestra amistad pudiese operar un milagro, yo mismo os lo habria pedido, os habria confiado mis secretos; pero hay dolores que el alma está condenada á llevar como un remordimiento, hay misterios que deben permanecer siempre en la sombra, porque muchas veces el honor de las familias está interesado en que así sea...

— Me asustais, hija mia; jamas os he visto tan serria ni tan triste.

— Lo que os digo, es sin embargo la pura verdad. Exijis

de mi que vaya á Roma, iré; deseais que cante, lo haré tambien, y no será por la primera vez, añadido sonrojándose su frente con aquel recuerdo de dolor; pero ántes de tomar ninguna otra determinacion, quiero escribir á Palestri: de su contestacion depende la hora de la marcha.

— Otra pregunta mas, la última, repuso Metastasio; pero habladme con franqueza, sin rodeos, sin todas esas fórmulas evasivas que oscurecen la verdad. Estais casada como me lo habeis indicado hace un instante? habeis cedido siendo esposa á un fatal extravío, ó mas bien habeis sido abandonada por un hombre indigno de poseer semejante tesoro?

Benedetta se estremeció, é inclinándose sobre el pecho de Metastasio como una flor que se doblega sobre su tallo, respondió:

— Un día llegará, mi buen maestro, en que podré revelaros los secretos de mi alma y los misterios de mi posicion: entonces los sabréis todo. Ahora no me preguntéis nada mas porque me sería imposible contestaros. Bastos saber que Benedetta no ha incurrido en falta ninguna.

— Benedetta, decís? Ese nombre no me es desconocido; hace algunos años que habia en Roma una muger con ese nombre, muy celebrada por su belleza: acaso...

— Esa muger soy yo; y puesto que vuestras instancias me han decidido á volver á la capital del mundo cristiano, no debo al ménos iniciaros en lo que toda la ciudad os dirá despues?

— Pero, hija mia, me acuerdo tambien haber oido decir en esa época que el conde don José de Acquaviva habia adquirido por vos una pasion de esas que no conocen obstáculo ninguno: os amaba como yo entiendo que se os debe amar... es acaso el padre de vuestro hijo, y entonces no estaba casado, y entonces...

La penetracion del poeta inspiró á Benedetta un sentimiento de terror; temia que sus palabras hubiesen levantado el velo que cubria su existencia, y queriendo cortar de raiz una conversacion que á cada palabra se iba haciendo mas embarazosa para ella, repuso con presteza:

— No; entonces no estaba casado, pero hoy lo está. No tengo derecho ninguno á reclamar su amor.

— Me estais engañando, Benedetta, y hasta creo que pensais engañaros á vos misma. En vuestra huida de Roma, en vuestro primer viaje á Nápoles, y en esa súbita vocacion teatral que ha hecho vuestra gloria, así como en la pena que os causan mis conversaciones, y en vuestras reticencias, hay algo mas que un amor ordinario, roto por un matrimonio de razon. Yo veo un misterio en todo eso, y aun cuando debiese incurrir en la desgracia de Su Magestad imperial, mi protectora, juro aqui Benedetta, que no me separaré de vos antes de haberlo penetrado, y antes de saber de una manera positiva todo lo que hay en el asunto.

— Pues si es así, Metastasio, repuso con dolor la Diva, entonces mucho tiempo permaneceremos juntos, y me temo que la grande Maria Teresa me culpe de haber seducido á su poeta.

— Podéis reiros de mi, os doy licencia para ello; pero entretanto vamos á ir juntos á la ciudad de Roma. Os llevaré á la fuerza, si es preciso, y alli veremos si yo, que soy vuestro padre adoptivo, no tengo el ojo bastante penetrante para adivinar un secreto que tanto atormenta á mi querida Diva.

Aquella misma noche Benedetta, segun su promesa, escribió de este modo á Palestri:

» Mi buen maestro: he cedido á vuestras instancias, á las de nuestro Metastasio, y al honor de presentarme en Roma; pero antes de hacer una cosa que, como sabeis, debe desper-

tar en mi tan penosos recuerdos, necesito saber si el principe de Acquaviva habita en la ciudad. Los años, las distancias y los aplausos de la muchedumbre, no han alterado en lo mas mínimo la ternura que he consagrado al padre de mi hijo. Decidme que está ausente, como lo creo, pues me han asegurado que hace mucho tiempo estaba viajando fuera de Italia, y al momento me tendréis ahí.

Palestri respondió lo que sigue:

» Venid, Benedetta, para que tenga el gusto de aplaudir con mis manos mi mejor obra, rindiéndoos homenaje de rodillas, y pagándoos el tributo de admiracion que merecéis. Don José de Acquaviva, apenas ha vuelto á presentarse en Roma desde que salisteis de ella. Dicen que está triste y enfermo y que su mujer lo está todavia mucho mas. Venid pronto, toda la ciudad os espera para saludaros con unánime aplauso.

Benedetta llegó á Roma con Metastasio. Como una princesa que vuelve á su reino despues de una gloriosa ausencia, la jóven fué recibida en triunfo, y acogida con esos transportes de amor que los romanos saben expresar tan élocuentemente. Llevando por comitiva todas las celebridades de la ciudad, Benedetta recorrió entre aquella calle del Corso donde su voz resonaba en otros tiempos como una melodía sin eco, y luego en las tablas conquistó todos los sufragios, realizó todas las esperanzas, arrancando lágrimas á todos los ojos y llenando todos los corazones de entusiasmo. Benedetta, por fin, se encontraba en Roma, en esa ciudad donde estuvo tan indigente, donde despues estuvo tan amada, ella, pobre criatura abandonada á la caridad pública por unos desconocidos Pifferari cuyo nombre ignora, y que ni siquiera le han enseñado el suyo, que no quisieron tenerla en su compañía por no aumentar mas y mas su miseria, y que la pusieron el nombre de Benedetta como una última plegaria en su favor, como un postrer llamamiento á la Providencia.

Su vuelta habia sido una fiesta para los amigos que la habian conocido, que la habian amado en silencio. Todos ellos se lisonjaban de poder reemplazar en su corazón al ingrato que la abandonara, y Barberini, Ruffo y aquellos jóvenes señores que tantas veces habian ambicionado la buena suerte de don José, todos la rodeaban esperando un deseo ó un capricho que hiciera caer de sus labios algunas palabras de benevolencia.

La Diva, sin embargo, no se dejó arrastrar á un olvido que todos le aconsejaban. Por lo demas, de cuanto Roma le ofrecia tanto en realidades como en esperanzas, ella no quiso aceptar mas que la gloria, hasta que llegó un día en que un acontecimiento que llenó de pesar á todo el mundo obligó á Benedetta á salir de Roma.

La señora condesa, madre de don José acababa de morir, y de un instante á otro se esperaba á su hijo en el palacio de Acquaviva.

Al dia siguiente de esta muerte, Benedetta estaba hablando en su casa con Palestri y con el Metastasio, cuando vino á anunciarla que el cardenal Anfossi tenia cosas de muchísima importancia que comunicarla.

Metastasio conocia muy bien al prelado, sabia la rigidez de sus costumbres, y su aislamiento de las cosas del mundo, por lo cual le chocó sobremanera el que tratase de presentarse en casa de la jóven.

— El cardenal Anfossi, exclamó, viene á visitar á la Diva! Un asunto de estado ó un caso de conciencia pueden solo moverle á ello. En verdad, no puedo imaginar lo que pretende.

(Se continuará.)

UNA ESCENA DE LA RIBERA DEL NILO.

Desde la aldea de El-Chellal situada en una de las riberas del Nilo, se ve la isla de Philé, que es la mas pequeña de las que hay en el río por este sitio, aunque estambien la mas notable por su aspecto. Allí fué donde se detuvieron los soldados franceses cuando iban persiguiendo á los mamelucos á las órdenes de Desaix, y allí dejaron consignado á la puerta del edificio la fecha del desembarco del ejército, la de

su llegada á las cataratas y los nombres de los jenerales que los mandaban. Los de los sabios que los acompañaban fueron grabados en una pared de una de las azoteas del templo con esta indicacion bien característica por cierto:

«Longit. al E. de Paris, 30° 15; lat. boreal 24° 3'»

La isla de Philé se alza sobre las aguas del Nilo como un bosquecillo de palmeras entre las cuales se dibujan admirables ruinas. «Nada puede dar una idea, dicen los señores



Vista de la ribera del Nilo en Philé. — Dibujo copiado de BARLETT.

Cadavere y Breuvery, del efecto de esas portadas majestuosas, de esas columnas deslumbrantes de blancura que se destacan entre los árboles, de ese lugar tan pintoresco y gracioso, y mas encantador aun por el contraste de la desolada naturaleza que le rodea.»

Aquí están los confines del Egipto.

Mas abajo se encuentra Siena, en el día Assuan, celebre la historia por la catástrofe predicha por Ezequiel.

«La espada vendrá sobre el Egipto, dice el profeta: grande será el terror de Cus cuando caigan los que se vean heridos mortalmente, cuando desaparezca su pueblo, y sean lestruidos hasta sus cimientos...

Los que sostengan el Egipto, caerán despues de la torre

de Siena... serán asolados entre los países asolados, y sus ciudades se contarán entre las ciudades desiertas.»

Aun se encuentran restos que atestiguan la antigua importancia de Siena. Las rocas de granito conservan las huellas de los mineros que las explotaron en la antigüedad para la ereccion de monumentos egipcios y hasta suelen encontrarse en ellas algunos geroglíficos.

La ciudad de Siena que Ezequiel nos pinta como una de las columnas del Egipto, siguiendo la opinion de los viajeros que hemos citado mas arriba, no es mas que un pobre pueblo que apenas merece el nombre de ciudad, y en el cual vegeta miserablemente una poblacion de mil razas distintas, conducidas allí por las desgracias de la guerra.

REMBRANDT.



Rembrandt

Luis MARRU

LAFRANCE.

La resurreccion de Lázaro.

Aquella fortuna inesperada, aquella suma de cien florines que le dieron al hijo del molinero Herman Gerretz, le hicieron conocer bien luego que el molino de su padre era un teatro sumamente pequeño para él. Por eso se fué á establecer á Amsterdam en 1630, cuando apenas tenia veinticuatro años. Al cabo de poco tiempo ya estaba la ciudad inundada de retratos hechos por él, lo que le hizo al instante una gran reputacion entre los aficionados tan curiosos y ricos de este puerto, el mas comercial del mundo en aquella época.

Aun no se habian pasado dos años desde su instalacion,

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

cuando ya tenia muchos discipulos, entre los cuales se contaban algunos hombres que despues han sido célebres tambien en la pintura; hástenos citar aquí á Gerardo Dow, Tietoor, Govaert y Fliuck, que todos aprendieron algo de Rembrandt, y que sin embargo todos entre si se diferencian.

Distinguiase entre los aficionados que habian dado al jóven pintor las señales mas evidentes de una buena amistad, el médico Tulp, profesor de matemáticas de Amsterdam. Rembrandt correspondió á esta amistad muy dignamente, pintando al célebre médico enseñando la anatomia sobre un ca-

daver, á sus discípulos que ponen la mayor atención. Este cuadro que se halla hoy en el museo del Haya, es sumamente conocido por la multitud de grabados que se han sacado de él, pero no por eso puede decirse que el célebre maestro hiciese en esta obra lo que hizo en la que damos hoy á nuestros lectores.

La *Resurrección de Lázaro* es un doble milagro: milagro en el orden de los hechos naturales, y milagro en el de hechos artísticos.

En una cripta de una montaña de la Judea, donde penetra una fuerte luz, pero de modo que ilumina la escena de una manera fantástica y maravillosa, un muerto se levanta de su lecho de piedra á la voz del divino Jesucristo. Lázaro está envuelto aun en su mortaja cenicienta, solo su rostro se presenta á la vista aterrada del espectador, pero en este rostro, la muerte ya vencida, cede el puesto á una nueva existencia. Jamás este fenómeno, que parecía ser muy superior á todos los recursos del arte ha sido tratado con tanta fuerza, ni jamás se ha visto realizado con tanta verdad. No hay mas que ver ese Cristo en pie sobre la losa sepulcral, con la mano alzada, magnetizando con la vista á la muerte invisible que suelta su presa estremeciéndose, para reconocer en él una figura verdaderamente sobrenatural. El pintor ha sabido hacer comprender bien á las claras que aquel era el dueño incontestablemente soberano de la naturaleza cuyas leyes fundamentales ceden á su divina voluntad. Las expresiones de las caras y de los ademanes de todos los que asisten á esta resurrección completan el asombroso conjunto de este cuadro.

Entre todas las producciones de la pintura en este mismo género, apenas puede citarse otro cuadro tan milagroso en todos sentidos como el que tenemos á la vista, y es un lienzo de Murillo que estaba últimamente en el Museo del Louvre, y que representaba á San Bartolomé resucitado por tres días dice la leyenda, y escribiendo *muerto y vivo*, sus memorias.

Murillo y Rembrandt, formidables campeones, quién de los dos ha vencido al otro en la representación de estos dos milagros? Dígalo el que pueda; por mi parte me contento con admirarlos á ambos igualmente.

J. J. ARNOUX.

CAJAS DE AHORROS.

Entre las varias instituciones benéficas de que con razón puede gloriarse el siglo actual, es sin duda ninguna la mas digna de admiración y pródiga en resultados la de las cajas de ahorros, «destinadas á recibir en un fondo común las mas pequeñas economías de las clases laboriosas, para poder utilizarlas reunidas, y acrecerlas con los intereses consistentes.»

Este noble pensamiento, que ha hallado acogida en todos los países de la culta Europa y de América, fué ensayado por primera vez en Inglaterra en 1803, y propagándose despues rápidamente por aquel país, en Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia y Estados-Unidos-Americanos, ha venido á ofrecer en todos estos pueblos tan asombrosos resultados, que dejan muy atrás las nobles esperanzas que debieron formar sus filantrópicos fundadores.

Los fondos depositados en ellas desde la mínima cantidad de «una peseta cada semana,» devengan un interés regular, y pueden ser retirados á voluntad de sus dueños.

Hasta aquí la hoja suelta ó memoria publicada en Madrid al establecer su caja de ahorros en 1839, toda ella esta

escrita en un estilo elevado, llena de consideraciones filosófico-morales, y aunque corta, pues no cuenta sino cuatro páginas en octavo, bien merece que se la tributen algunos aplausos, y se haga pausa ántes de que continuemos nuestra tarea.

Las clases proletarias han mejorado indisputablemente, donde estos institutos han fomentado las economías, y así se vé que desde esta época, las mujeres juegan ménos á la lotería, y los hombres van ménos á la taberna, y de este modo la virtud y la paz reinan con mas generalidad en el interior de las familias. Los menestrales, combatiendo igualmente la seducción de los placeres, la pérdida de los días feriados, el juego, las malas compañías y otras causas no ménos fecundas en producir miserias, llegan á conocer que en la juventud debe economizarse para la vejez.

El jornalero no tiene otra riqueza que el residuo cotidiano que le queda del precio que recibe por su trabajo; los 8 ó 16 mrs. diarios que consume estérilmente, son los que deberían proporcionarle economizándolos un porvenir mas independiente. Y es tan cierto que la felicidad de estas clases consiste en sus economías, que se ha observado que apenas hay un delincuente entre los que tienen sumas depositadas. Institución altamente humanitaria y moralizadora, y cuya influencia debía hacerse sentir por todos los ángulos de la tierra.

Cualquiera que tenga necesidades escasas formará mas fácilmente capitales. Sin economías se puede trabajar toda la vida y morir pobre. El que no tiene ahorros, no tiene tranquilidad. Un montoncito de dinero proporcionado á la fortuna de cada uno, que se puede tener en depósito, es causa de alegría y bienestar.

Por medio de las cajas de ahorros capitalizando los réditos, cantidades pequeñas pueden llegar á engrandecerse de una manera casi fabulosa, y á esta circunstancia se debe la creación de algunas fundaciones benéficas de grandes consecuencias.

El resultado que produce cualquier cantidad al cabo de algunos años capitalizando los intereses, es el siguiente. Dos pesetas puestas cada mes (poco mas de dos cuartos diarios), capitalizadas con el interés durante cuarenta años, aseguran un patrimonio de 12,000 rs., y sin los intereses solo dan 3,840 rs.

De estos fenómenos que produce, empiezan á sacarse grandes ventajas, prescindiendo de las que en sí encierra la institución. Los libros dados en París á 1762 niños por el duque de Orleans, mediante la imposición que hizo de 40,000 francos en la caja de la capital de la Francia, ascienden hoy á 180,000 de resultados de los nuevos depositos hechos por los favorecidos, lo que manifiesta los fecundos resultados de la benéfica idea del príncipe francés. Cuántas combinaciones no podrían hacerse de esta índole en beneficio de la humanidad!

Como el establecimiento de las cajas es un hecho, por decirlo así, sancionado por sus consecuencias, no nos detendremos á enumerar minuciosamente todos los datos que sobre este particular pudieran acumularse, y tan solo haremos mérito de aquellos de mas bulto que comprenden á los demas.

Durante el año de 1844 se depositaron en las cajas de ahorros de París 46,910,000 francos; los reembolsos subieron á 33,674,000 francos, dejando una diferencia de 13,278,000, que agregados al depósito que quedaba en 1843, ascienden á 412,061,000 francos, cantidad debida á 473,000 imponentes. El término medio de las sumas impuestas por estos es de

174 francos; el de los depósitos en general 440; el de los reembolsos 433, y el de las deudas á los 473,000 imponentes 646. La caja tiene en París y sus alrededores 16 subaltes. Esto por lo respectivo á la corte de Francia.

En lo referente al resto de la nación, todo el país se halla sembrado de establecimientos de esta clase. Mas de trescientas cajas se hallan distribuidas por todo aquel territorio, llegando á mas de cuatrocientos mil individuos los imponentes, y á 392,000,000 de francos, las cantidades impuestas hasta 1844; esto es, 42,000,000 de frs. mas que el anterior.

Los depósitos consignados actualmente en las cajas de ahorros de Londres y del resto de la Gran-Bretaña ascienden á 22,599,792 libras esterlinas, ó sean reales 2,250 millones; capitales unos y otros que por lo pequeño de las sumas que los componen hubieran sido casi completamente perdidos para el país, y que en el día, sin embargo, son el tesoro de miles de familias.

El capital impuesto hasta hoy en todas las de España no baja de cuarenta millones de rs., y de 22,000 el número de imponentes, siendo la primera que se fundó la de Madrid el 17 de febrero de 1839.

MODOS DE CONOCER

LA BUENA Ó MALA CALIDAD DE LAS HARINAS.

Largo debiera ser el modo de reconocer las harinas si lo hicieramos con la extensión que su importancia requiere: pero con el objeto de ser útiles al mayor número de nuestros lectores, despojaremos las pruebas á que deba someterse esta importante materia de la aridez de análisis químicos, puesto que al particular le bastarán los hechos siguientes tomados de la experiencia. Todo cuanto digamos se refiere á la harina de trigo.

Distingúense en el comercio tres clases de harinas, 1.ª, 2.ª y 3.ª calidad; otras añaden dos mas la harina baja que contiene bastante salvado, y la harina mala y averiada. Creemos que presentando el cuadro de las harinas buenas y malas, podrían establecerse las clases que se crean convenientes, cosa que será convencional entre el espendedor y comprador.

Harina de buena calidad: 1.ª del comercio: Color amarillo claro: tocada con la mano seca, se pega á los dedos, y apretada con la mano conserva la forma que ha tomado; no tiene olor: su sabor es parecido al de la cola. Despues de inspeccionada de este modo se procederá del modo siguiente:— 1.ª Se toma un poco de harina, se echa sobre un cuerpo plano (un plato, cuchillo etc.), y con otro tambien plano, se aplasta bien, se levanta el de encima y se mira contra la luz la superficie de la harina: si es de buena calidad, su color es blanquecino, homogéneo, sin punteado. — 2.ª Se toma un puñado y se echa agua; debe absorber la tercera parte, se seca pronto al aire y no se requiebraja. — 3.ª Tómese una porción, como media libra, y hágase una pasta con cuatro onzas de agua fría: esta masa se pone debajo de un hilo de agua fría tambien, lo que podrá hacerse con una vasija cualquiera; el agua arrastra un cuerpo pulverulento, blanco (almidon) y deja en la mano un cuerpo esponjoso, elástico, blando, formando hilos, y de color amarillo claro, debe ser la cuarta parte de la harina que se empleó en hacer la masa para que esta pueda recibir el nombre de buena. Es de advertir que este medio es muy bueno y aun científico; pues está fundado en

la separación de los dos elementos, el almidon y el gluten, que constituyen su buena ó mala calidad para la panificación.

Harina de mala calidad. Va perdiendo los caracteres arriba indicados segun su mayor ó menor bondad, color moreno, abigarrado, de olor, con salvado, olor agrio, sabor acre y picante; aunque es de advertir que una harina puede tener mal sabor y ser buena, lo que depende del abono que haya tenido el terreno en que haya germinado el trigo.— Finalmente: sometida á la 3.ª prueba indicada, la masa que se pone bajo el chorro de agua es arrastrada por ella y no deja masa en la mano, prueba de que no contiene gluten, cuerpo sin el cual no puede efectuarse la panificación.

Esto se refiere á la harina de trigo, pues en cuanto á la bondad de lo que proviene, de la semilla ó de otros vegetales, es cuestion enteramente distinta.

LAS DOS HERMANAS.

Sentadas sobre el musgo bajo la hermosa bóveda del cielo, y entre las verdes hojas, las dos hermanas han acabado una lectura. Sus corazones, como esas cuerdas de los instrumentos tocados por un dedo hábil, están vibrando todavía bajo la inspiración del poeta: las dos hermanas se hallan en ese momento de turbacion en que todas las imágenes evocadas por el genio se agitan ante nuestros ojos; en ese momento en que la memoria repasa rápidamente las escenas mas tiernas, en ese instante en fin en que las personalidades ideales que despertaron nuestro amor y nuestro odio, nos rodean y nos preocupan como fantasmas! Error á la vez temible y risueño!

La hermana mayor ha cerrado el libro; con los ojos fijos en el horizonte, con una especie de firmeza serena, parece dominar sus sensaciones. Ese mundo de la fantasia la ha interesado hasta lo sumo, sin quitarla por eso el sentimiento de si propia; en vano el poeta ha abierto súbitamente ante sus ojos, los escabrosos senderos de la vida; en vano tambien ha presentado alguna heroína interesante, atravesando sus hermosos años con la frente coronada de espinas; la jóven apiadada pero no vencida ha sabido guardar su santa confianza en el porvenir. Posida del sentimiento del deber, y de la fe en la justicia divina, sabrá aceptar la vida no como una desgracia que se arrostra temerariamente, sino como una prueba que debe sufrirse con valor. Únicamente por un instinto de ternura, ha echado un brazo al cuello de su hermana, á quien atrae suavemente sobre su pecho, como si quisiera apoyarse sobre ella y sostenerla, ambas cosas á un tiempo!

Esta se ha apoderado de la mano amiga y la estrecha y la guarda entre sus dedos trémulos. La ficción ha hecho mas efecto sobre su alma llena de juventud y vacilante: aun la parece que oye todavía la voz melancólica del poeta, aun la parece que está viendo los cuadros lastimosos y sombríos que se han ido sucediendo ante sus ojos, y una fuerte tristeza se apodera de su tímido corazón! La existencia la parece una larga cadena de ilusiones destruidas, de esfuerzos engañados, de esperanzas inútiles; la jóven se desalienta y se espanta; se queja amargamente de haber nacido y se halla casi dispuesta á cruzarse de brazos y cerrar los ojos y á dejarse llevar por su destino.

Peligroso desfalcamiento, si su hermana no estuviere allí para reanimarla! Esta le dará á entender que la vida no

es ni una fiesta ni un castigo, sino una tarea que hay que cumplir, y cuya recompensa es la alegría. Su hermana le dirá que si la imaginación nos crea engañosas apariencias, el corazón nos guarda interminables goces, pero que para ello se necesita cumplir con las austeras leyes del trabajo y del afecto. Su hermana le dará lecciones para que se resguarde contra esos olvidos demasiado frecuentes del mundo verdadero, haciéndola comprender que la poesía se parece



Las dos hermanas.—Dibujo de STAAL, copiado de SONN.

BENEDETTA.

(Véanse las págs. 98 y 106, 124 y 133.)

— Ni yo tampoco, amigo mío, repuso Benedetta. Le espero sin impaciencia y sin curiosidad.

— Haréis mal, porque su venida aquí no puede ser una de esas visitas como las que recibís todos los días. Decídmelo, Palestri, no tiene el señor cardenal algún parentesco con los Acquavivas? Apostaría á que el viento sopla de este lado y á que don José va á volver aquí. Quizá la princesa ha querido tomar sus precauciones, y asegurarse, antes de su vuelta de que no tendrá que temer la presencia de una rival.

— Mi marcha le dejará sin inquietud con respecto á eso, respondió Benedetta. Dentro de una hora debe llegar aquí el señor cardenal; Metastasio, os suplico que cuando el cardenal suba á su carruaje, pueda yo también subir al mío; esta noche no dormiré ya en Roma.

— No será yo el que cargue con tanta responsabilidad, exclamó el poeta; además que ignoramos aun cual puede ser la causa de la visita del señor cardenal.

— Por mi parte no tengo necesidad ninguna de saberla para salir de aquí, repuso Benedetta. Don José puede llegar de un momento á otro, y yo no debo permanecer aquí por el reposo de su mujer y por el mío propio.

á esos licores concentrados que no pueden beberse sino pocas veces. Es cierto que hay instantes en que estos licores despiertan nuestro ánimo, y perfuman nuestros labios; pero desgraciado de aquel que bebe sin cesar en estas fuentes que tanto embriagan, porque lo mismo que el fumador de opio, bien luego no aspirará sino al mundo de los sueños, y no será más que un fantasma errante en nuestro mundo tan positivo y verdadero.

desde luego de un modo mas claro y terminante. Ya sé que no habeis sido la querida del príncipe de Acquaviva, sino que sois y seréis siempre su legítima esposa.

Sin articular una sola palabra, sin hacer el menor ademán de sorpresa, Benedetta fijó en el cardenal Anfossi sus grandes y hermosos ojos negros que trataban de leer en aquel rostro tan sereno, tan noble de religiosa severidad, para saber lo que pasaba en su corazón, pero no descubriendo en él otra cosa, sino una expresión de afecto y confianza, la joven repuso al punto:

— No sé quien ha podido revelaros mi secreto, que solo tres personas sabían en este mundo.

— Me parece haberos dicho ya que soy el testamento principal de la difunta condesa de Acquaviva. El contrato solemne que os une á su hijo existe entre sus papeles; le he leído, y le guardo como un depósito; aquí está. Ahora me queda que cumplir un gran deber.

— Y cuál es ese deber, monseñor?

— Cueste lo que quiera al honor de la familia de los Acquavivas, mi conciencia me obliga á decirlo que sois en este mundo ante Dios y los hombres, la legítima princesa de Acquaviva, libre siempre de reclamar un nombre y un derecho que persona alguna podrá nunca negaros.

— Pero ya sabéis que don José está casado y que para asegurar la fortuna de su familia que la condesa consideraba como perdida con nuestro fatal himeneo, yo consentí voluntariamente, y á pesar del príncipe, en aquella separación tan deseada.

— Los hombres, replicó con dignidad el cardenal, los hombres no pueden separar lo que Dios une. La que lleva el nombre de princesa de Acquaviva ha sido víctima; solo don José es culpable, culpable de debilidad y de ingratitude respecto á vos y culpable de desprecio hacia las leyes divinas y humanas. Un castigo terrible le está reservado, y ya podéis juzgar de mi dolor, cuando yo mismo, que soy pariente y amigo de los Acquavivas, me veo obligado á denunciarle por mi boca.

— Me haceis estremecer, respondió Benedetta. Y porqué habeis de denunciarle cuando yo que soy su esposa no le acuso, cuando yo que soy la mujer abandonada no pienso denunciarle?

— La ley de Dios lo manda así. La ley de los hombres aunque no tiene todas las grandezas de un corazón tan grande como el vuestro, está hecha para cuidar de los intereses y de los derechos de la sociedad para proteger los unos, y sancionar los otros. Así, pues, como sacerdote y como hombre debo cumplir con la misión que Dios me ha señalado.

— Pero eso es imposible, monseñor, eso no puede ser. Vos mismo no podéis pretender que esa joven princesa, de vuestra familia, sea precipitada en un abismo de vergüenza, que se manche la gloria de vuestros abuelos, y que vos y yo vayamos á acusar ante la Europa, vos, al heredero de vuestro nombre, y yo al padre de mi hijo! Aun cuando vuestra inflexible virtud se resolviese á hacer un sacrificio semejante, yo me opondría á ello, y aun á los mismos pies del Soberano Pontífice declararía que jamás he sido la esposa de don José.

Y con un movimiento mas rápido que el pensamiento se lanzó hacia el cardenal enternecido con tanta magnanimidad; y luego apoderándose de aquel papel donde constaba su union con don José, añadió con una expresión dolorosa:

— El sacerdote que ha firmado este contrato ha muerto, el que le ha mandado hacer no existe ya para mí, y no debe

acusarse por su boca. Solo este papel puede perderle, y por eso voy á destruirlo á vuestros ojos, monseñor. Ya está destruido, ya ha sido devorado por la llama. Ahora no puedo reclamar sino en el cielo el nombre de Acquaviva; esperemos pues hasta entonces, monseñor.

— Habéis triunfado, señora. Triunfais de mi deber, ahogáis el grito de mi conciencia, y lo que acabais de hacer es tan hermoso que Dios debe premiaroslo hasta en este mundo. Ya no sois á los ojos de los hombres la princesa de Acquaviva; pero siempre lo seréis á los míos, porque habeis adquirido derechos eternos á mi estimación.

— Y no es eso bastante para ser dichosa, señor cardenal?

— No, hija mia, porque sois madre y vuestro hijo carece de padre.

El cardenal con una afabilidad tiernísima hizo mil preguntas á la joven sobre aquella existencia de artista cuyos detalles eran todos tan nuevos para él. El anciano prelado penetró con ella en el laberinto de los bastidores, en esas costumbres de teatro que Benedetta le pintaba con una elocuencia propia de su viveza italiana; por último, cuando vió que el cardenal se hallaba introducido en aquella vida cuyos encantos no podía comprender su escrupulosa rigidez de prelado, le dijo sonriendo:

— ¿Y qué pensais ahora, señor cardenal de la pobre Diva?

— Lo mismo que sin duda piensa el señor, hija mia: me estais reconciliando con las mujeres de teatro, y acaso...

— Voy á ser la causa de que las estiméis, no es verdad, Monseñor? Para mis compañeras y para mi esto sería un beneficio; pero puesto que estamos de acuerdo sobre muchos puntos, creo que Su Eminencia se dignará darme una satisfacción completa.

— Qué es lo que deseais? replicó Anfossi en cuyas facciones se pintaba el mas vivo interés.

— Nada por mí, ni por él, señor cardenal sino todo por la joven princesa que quedaria perdida en la opinión del mundo, si hubiese un rompimiento escandaloso. Es menester que este misterio se quede sepultado en vuestra alma, como ya lo está hace mucho tiempo en mi corazón. El papel que podía comprometer á don José no existe ya. Ninguna prueba de nuestra union queda en el mundo. Sed discreto, Monseñor, no descortais un velo que sería para vuestra familia y para vuestro nombre una vergüenza y un motivo de luto que no se borrarían jamás.

— Cumpliré vuestra orden, respondió el cardenal. Consiento en imponer silencio á un deber imperioso, pero con la condicion, de que me permitiréis manifestaros de cuando en cuando la profunda estimación y el respeto que me mereceis. Si me acordais esta gracia, podéis considerarme desde ahora como un amigo.

— Nunca me hubiera atrevido á solicitar semejante honor, señor cardenal, y le acepto con la misma efusion con que me lo ofrecéis. Seamos amigos, pues; pero puesto que el cielo lo ha querido así, sin ningún parentesco jamás.

Dichas estas palabras, ambos se levantaron del diván en donde estaban sentados, dando enseguida algunos pasos hacia la puerta. El cardenal quiso entreabrirla al mismo tiempo que se despedía de Benedetta, pero de repente se quedó sorprendido al ver las trastornadas fisonomías de Metastasio y de Palestri vestidos de viaje, que se hallaban esperando en el vestíbulo.

— Que es eso, señores? exclamó el cardenal Anfossi, qué desgracia os amenaza? á donde vais? Metastasio abandonó

el Capitolio y Palestri la capilla Sixtina?

— Vamos a acompañar á nuestra Diva, señor cardenal, respondieron á un tiempo el músico y el poeta.

— Y á donde, y porqué?

Al notar el aire del cardenal, y al ver la espresion de su fisonomía, Metastasio comprendió fácilmente que en la entrevista que acababa de efectuarse no había habido nada de particular.

— Porqué pregunta el señor cardenal? No hay nada mas sencillo: porque la Diva quiere salir de Roma, porque los caballos la están esperando y porque me es imposible separarme de ella.

— Sois un buen amigo, Metastasio, lo sé desde hace mucho tiempo, continuó Benedetta, sin que tuviese necesidad de la nueva prueba que vos y Palestri acabais de darme; pero la visita del señor cardenal ha calmado todas mis inquietudes.

— El cardenal Anfossi es y será siempre uno de vuestros primeros admiradores. En caso de un peligro quimérico sin duda, despues de nuestra entrevista, sería vuestro apoyo y vuestro defensor. Metastasio, Palestri, vosotros que sois los confidentes de la Diva, sed tambien testigos de todo el cariño que la he consagrado, de la inalterable estimación que quiero profesarla. Os autorizo, y hasta os lo pido como una gracia, que publicéis por todas partes que no he conocido nunca una mujer mas virtuosa, y mas digna de las consideraciones de la sociedad.

— Monseñor, esta declaración no es un pasaporte, no es verdad? replicó Palestri.

— Un pasaporte! ah! lo comprendo. Cuando os anuncié la entrevista que acabo de obtener de Benedetta, creistéis sin duda que como pariente y amigo de los Acquiaviva iba á robar la Diva á los aplausos de la muchedumbre: no es así, no, tranquilizaos; está tan libre aquí como por todas partes, y además os diré, añadió haciendo á Benedetta un ademán benevolo, que esa mujer admirable, á fuerza de grandeza y de sencillez ha conquistado mi amistad. Ahora, os digo adios á todos, y en adelante quien responde de la Diva soy yo.

Cuando salieron las carrozas del cardenal del peristilo del palacio en donde habitaba Benedetta, Metastasio y Palestri se miraron entre sí con estupefacción, y con su mirada de sorpresa, parecían querer tambien interrogar á la cantatriz, que, vuelta apenas en sí de tan violentas emociones, se había apoyado en uno de los elegantes pilares de mármol del vestibulo. Por fin se acercaron á aquella jóven cuyas lágrimas corrían como un consuelo ó como una esperanza, murmurando en voz baja algunas amistosas preguntas.

— Palestri, Metastasio, les dijo; os suplico que me dejéis sola algunos instantes; necesito recogerme en mí misma, y llorar en toda libertad.

Los dos artistas se retiraron y cuando llegaron al Corso, Palestri respondiendo á las interrogaciones del poeta le dijo:

— Siempre os he asegurado Metastasio, que en esta historia cuyo principio ha pasado á mis ojos, hay algo de extraño, hay un misterio que creo haber penetrado ya: Benedetta no es libre, porque está casada con don José.

— Pero la princesa de Acquiaviva existe, y disfruta del título de su esposa legítima...

— Eso no vale nada. La visita del anciano Anfossi y su pasión súbita por nuestra Benedetta, á quien tambien la princesa de Acquiaviva la madre del príncipe, profesaba una grande estimación, todo me corrobora en las sospechas que concebí

el mismo día en que la jóven vino á pedirme mi protección. Ella abandonó entonces á don José, pero al día siguiente don José vino á mi casa; estaba pálido y poseído de un delirio espantoso de fiebre y de amor, y dejó escapar de su boca algunas palabras que yo no quería interpretar entonces. Mas de una vez despues de su himeneo, me ha hablado de esos crueles acontecimientos, y para mí, despues de lo que he oído, el secreto está conocido enteramente.

— Y qué conclusión sacais de todo ello, Palestri?

— Nada amigo mío: lo mejor que hay que hacer es esperar un desenlace de la cordura y alta razon de Benedetta.

— Con que en vuestra opinión ella es princesa?

— Sin duda ninguna; y sin embargo ya estais viendo que se cuida muy poco de ese título y hace muy bien; acaso no posee otros mas preciosos y debidos solo á su inmenso talento? No es por ventura la Diva de la Italia, y lo que es mucho mas glorioso todavia, la Diva de las artistas, su reina y su modelo?

— Tenéis razon, maestro, añadió el poeta imperial, que nos importa que sea princesa de Acquiaviva ó nó? Lo que nos interesa mucho es que sea feliz; lo que nos interesa es protegerla como á una criatura á quien debemos todos nuestros laureos y honores, lo que debemos hacer es evitarla todo disgusto y quererla siempre como la Italia la quiere hoy, y honrarla como nos ha dicho que lo merece el cardenal Anfossi.

— Eso es en efecto lo que debemos hacer, Metastasio, y sea ó no princesa, persuadámosla, á fuerza de amistad y de ternura paternal, que ha hecho muy bien en abdicar.

En esto estaban de su conversacion, cuando acertó á pasar junto á ellos el mismo don José de Acquiaviva. A la vista de Palestri, que retrocedió con asombro, el príncipe se lanzó hácia él.

— Maestro Palestri, le dijo con un acento breve é imperativo, en este instante acabo de llegar á Roma, y la primera noticia que me ha dado mi tío el cardenal Anfossi es la de que Benedetta se encuentra en la ciudad.

— Príncipe, vuestro tío os ha dicho la pura verdad.

— Necesito verla, indispensablemente, exclamó don José; mi honor y su reposo dependen de esa entrevista que solicito de su generosidad: queréis encargarme de obtenerla?

— Se lo diré y si Benedetta...

— Benedetta consentirá en cuanto sepa que esta entrevista que la pido, esta autorizada por el cardenal. Cuento con vuestra amistad maestro Palestri, porque sé que profesais un gran cariño á esa noble criatura.

Dicho esto el príncipe se alejó dejando á Metastasio y á Palestri sumamente perplejos. Ambos corrieron con precipitación á casa de la Diva, para contarla lo que acababa de pasar, y lo que don José exijía de ella.

La frente de Benedetta se cubrió súbitamente de una espantosa palidez; temblaba, como si en presencia de sus jueces fuese á oír pronunciar su sentencia de muerte; luego, reanimándose valerosamente de aquella primera y terrible impresión, respondió al maestro:

— Podeis decir al príncipe de Acquiaviva que estoy dispuesta á recibirle una vez, pero solo una vez, Palestri.

El músico hizo un ademán de inteligencia, y dos horas despues, don José introducido por él entraba en el aposento de Benedetta.

Aquel brillante jóven tan orgulloso de haber hecho sus primeras pruebas de galantería en las cortes mas afamadas de la Europa, aquel hombre tan decididamente irónico que

echaba como por piedad una mirada desdeñosa á aquella sociedad que contaba supeditar facilmente con sus caprichosas ideas filosóficas, ó con sus amorosas flaquezas de gran señor, aquel jóven, repetimos, había desaparecido bajo la impresión glacial de un matrimonio de razon; ya carecía de aquel aplomo, de aquella fé en sí mismo que le arrastró en su juventud á tantos excesos: se veía que la desgracia la había ajado aquella frente; su fisonomía tenia algo de triste, y en su actitud, siempre elegante, aunque mas grave, se leía una historia entera de infortunios, todo un pasado de remordimientos. Don José se adelantaba trémulo é inquieto, sin fijar los ojos mas que en ella, no viendo sino á ella, tratando de acortar cada uno de sus pasos, á fin de recoger mejor sus pensamientos y para admirarla con todo el éxtasis de su antiguo amor: por último, cuando ya se hallaba junto á ella, exclamó:

— Benedetta, mucho daño me hizo vuestra huida y despues de tan larga ausencia, despues de tanto sufrimiento, me considero bien dichoso en volveros á ver.

Benedetta no estaba ménos conmovida que don José; sin embargo como se hallaba obligada á luchar con sus pasiones y á dominarlas con todo el imperio de su voluntad, supo conservar bastante sangre fría para responderla.

— El reposo y honor de nuestra familia exijia un sacrificio de mi parte, y le hice, pero soy bastante franca para manifestaros el gran pesar que tuve, al ver que vuestro amor de aquellos tiempos no podia conciliarse con la ambición de vuestra madre. Despues conocí tambien vuestro sentimiento lo que alivió muchísimo mi pena. En el día todo se acabó; extrañéis el uno para el otro cada cual tenemos nuestros deberes por nuestra parte.

— Benedetta! con que son esas las palabras con que me recibis! Ah! vuestro corazón no es cómplice de vuestros lábios, os engañais, no lo creo.

— No os hagais ilusiones; os he amado sobre todas las cosas, como acaso no se ama sino en el cielo; pero aquel amor, cuya pureza hubiera podido acaso invocar antes, se ha ido borrando con el tiempo: además en el día sería un crimen. No volvamos jamás á hablar de eso, y decidme lo que deseais de mí.

— Acaso lo se yo Benedetta? Os amo como en los primeros días de nuestra unión; os adoro como nunca tal vez os adoré, vengo á veros doblegado bajo el peso de mi infortunio pasado, presente y venidero, y no hallo en vuestros lábios, antes siempre tan ternos para mí, ni siquiera una sola palabra de consuelo!

— Jamás hubiera creído que el rico y poderoso príncipe de Acquiaviva pudiese implorar la compasion de una pobre cantatriz como yo, y ya que tan digno de lástima os creéis no puedo decirlos mas sino que estoy dispuesta á apiadarme de vuestros sufrimientos.

— Ah! ese grito del corazón reanima mis abatidas fuerzas: con que me amais aun?

— No me habéis comprendido bien; no os amo, no puedo amaros, repuso Benedetta con una presteza que manifestaba muy bien su sobresalto.

— Si, continuó Acquiaviva; sé que he sido débil un instante; sé que he cedido á una ciega ambición, y que he sacrificado un corazón perfecto y generoso, por lograr una fortuna que desprecio; pero he padecido tanto, querida Benedetta que tengo derecho para pedir perdón.

— Y os perdono sinceramente teniendo en cuenta la influencia de vuestra madre, y el dolor que habéis experimentado despues.

— Entonces, Benedetta mía, por qué ese tono tan grave, esos modales tan reservados y ese desden que cae en mí al ma como un remordimiento?

— Hay acontecimientos en la vida que son inevitables. Nuestra separacion es uno de ellos; de ella ha resultado para vos un himeneo necesario, y á mí me ha devuelto la libertad.

— Y queréis usar de esa libertad, olvidando que un lazo indestructible nos une á ambos, y que sería un crimen el romperle? Ah! eso quiere decir que ya os habeis entregado á otro amor, que no sois ya...

— Soy siempre Benedetta; vos, don José, sois el que ha cambiado el título de conde por el de príncipe.

Ante aquella calma tan elocente de dignidad, Acquiaviva se estremeció como si las últimas palabras de la Diva hubiesen penetrado profundamente en su corazón.

— De ese modo, repuso en medio de una apasionada agitacion, confesais que otro hombre ha podido aspirar á vuestra mano, y que os habeis dispuesta á corresponder á su amor?

— Confieso todo lo que conviene á nuestras posiciones respectivas. Don José comprenderá facilmente que no me es posible seguirle en esta conversacion.

— Pues bien, enhorabuena; no tengo ningun derecho sobre vos, pero tengo algunos sobre mi hijo. Sin duda para castigarme en mi posteridad, la Providencia ha hecho estéril una alianza, que sin vuestro abandono, no hubiera contraído jamas. Vuestro hijo lo es mio tambien. A los ojos del cielo y á los de la ley, es el heredero legítimo de los Acquiaviva, y le reclamo en nombre de mi familia, para reconocerle como tal y para adoptarle.

— En cuanto á separarme de mi hijo, eso espero que no sucederá! He podido sacrificarme á la ambicion de ciertos deseos, pero no le sacrificaré á él á vergonzosos intereses.

— Tenéis razon, amiga mía, repuso el príncipe, vivamente conmovido con aquel transporte de amor maternal; os apruebo y os suplico que perdonéis mis extravíos, pero confesadme que nunca habeis tenido la intencion de uniros con otro hombre. Decidme que en medio de los encantos de esa vida no habeis pensado nunca en disponer de vuestra mano. Benedetta, de esta gracia que imploro de rodillas depende la felicidad de mi vida entera, y aguardo esa confesion, lo mismo que un reo espera su sentencia.

Benedetta se había quedado inmóvil; sin embargo, en el fondo de su corazón sostenía una terrible lucha consigo mismo, porque aquella entrevista había despertado todos sus recuerdos, y con ellos su antigua ternura había recobrado el ascendiente que tanto había anhelado sofocar para siempre. La jóven amaba todavia á don José, y le amaba acaso con mas abandono que antiguamente, pero veía la inmensidad del abismo que les separaba, y para no dejar esperanza ninguna á un amor entonces culpable á sus ojos, exclamó:

— Príncipe, nada puede haber ya de comun entre nosotros dos. Seriais criminal amándome, y yo lo sería mas todavia si aunque solo por un instante os diese oídos. Es necesario que yo tenga valor por los dos, y á fin de que sepais entera la verdad, no debo ocultaros que bien luego pondré á cubierto mi honor casándome de nuevo.

Alterado con esta declaración hecha en un tono que parecía provenir de una resolucion irrevocable, el príncipe se levantó haciendo un violento esfuerzo para dar á sí dolor una apariencia de resignacion que desmentia claramente su actitud, y luego acercándose á Benedetta cuya mirada fija y cuyas facciones no manifestaban la menor emocion, se despidió diciendo:

(Se concluirá.)

LA INUNDACION.

Entre las plagas que afligen á la humanidad hay dos sobre todo que inspiran un terror inmenso, y son la inundacion y el incendio! Ya sea el agua ó el fuego, este enemigo se presenta de súbito, y sus fuerzas son tan desproporcionadas á las nuestras, que la lucha necesita una industria y una presencia de ánimo mas que humana. La inteligencia debe suplir al vigor, y la tenacidad debe ser superior á la violencia. Al pronto todo cede; el furioso elemento marcha vencedor, arrastrando á los hombres como masas inertes en medio de sus ondas ó de sus llamas; pero bien luego el espíritu recobra su imperio sobre la materia; el ser pensador se hace su-



La inundacion.—Dibujo de FREEMAN copiado de KRONOS.

perior á la violencia bruta; la víctima huye ó sobrenada como Ajax, á pesar de la sublevacion de la naturaleza! Por eso, en estos desastres el animal no está tan favorecido como el hombre; á pesar de su vigor y astucia, la suprema luz que Dios ha puesto en nosotros, le falta á sus instintos; dominado por el espanto, ordinariamente ve llegar la muerte sin saber evitarla; entónces lanza ahullidos lastimosos, sin que sus semejantes le socorran, y aun entónces, solo del hombre puede prometerse su salvacion. En medio del peligro, el hombre oirá el grito de su humilde amigo, se olvidará un instante de si mismo para socorrerle si esto es posible, y en el caso de que no pueda arrancarle á la muerte, su corazon se con-

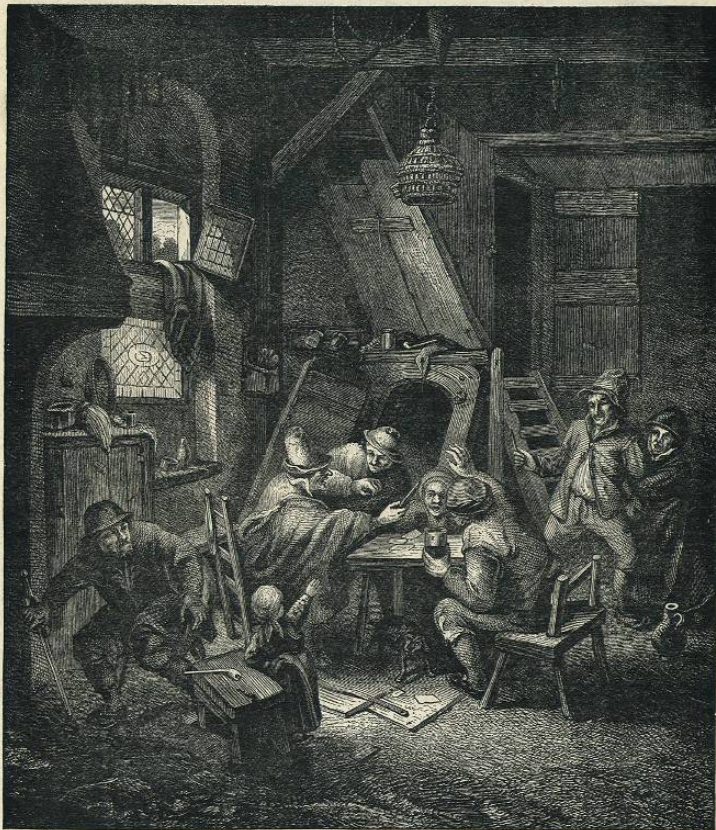
tristará con esta pérdida, porque la asociacion del animal y del hombre crea ciertos lazos, cierta especie de mancomunidad, hijos mas bien del sentimiento que del cálculo. Lo que mas se siente en el mudo compañero con quien se ha vivido, no es únicamente su valor, mas que esto, es su cariño. Cuando la llegada del rey de Persia obligó á los atenienses á abandonar el punto que ocupaban, los perros quisieron embarcarse con ellos: rechazados de los buques, llenaron la abandonada ciudad con sus ahullidos, y aquellos fujitivos que acababan de perder todos sus bienes, que acababan tambien de despedirse de sus mujeres é hijos, hallaron todavia en sus corazones una simpatía para aquella pena: los marineros permanecieron un instante con los remos al aire, y los soldados se miraron en silencio.

¿Quién puede ser indiferente á la perra que vemos ahí, llevada por las aguas en su cobacha de madera donde estaba

atada por su dueño, y que flota á merced de las olas con sus hijuelos? Se comprende, alverla, su actitud desesperada y suplicante; se oyen sus ahullidos lastimeros; se siente la desgracia de esa familia, y se compadece á esa pobre madre, impotente para socorrer á los suyos lo mismo que para salvarse ella.

Sin embargo, el peligro ha sido previsto, y en medio de la desolacion jeneral alguien se ha enternecido. De la aldea que se ve ahí casi sumergida, acaba de salir una barca hacia los naufragos! pero, podrá llegar á tiempo? Apenas se la ve, y ya la cobacha que sirve de balsa á la familia se halla medio hundida en las aguas; qué va á suceder, pues? Aquí entra la cuestion de Hamlet, cuestion de vida ó muerte. El artista nos ha dejado entre el temor y la esperanza, entregados á esa incertidumbre que á pesar nuestro, suspende el espíritu, agita la mirada y el corazon.

ADRIANO VAN OSTADE.



La Disputa en la taberna.

La historia nos dice que Adriano Van Ostade nació en Lubeck en 1610, y que siendo muy jóven se fué á Harlem, donde entró en el estudio de Francisco Halt; pero él mismo nos ha dejado escrita su propia vida, su vida interior y de familia y su vida de artista.

La primera de estas narraciones existe en el Museo del Louvre, y es un admirable cuadro en donde el maestro se pintó con su mujer y sus ocho hijos. En un gran aposento sin mas muebles que una ancha cama con columnas, se hallan colocadas en semi-círculo diez personas vestidas de negro,

con cuellos blancos; la madre, las hijas, los muchachos y el padre llevan este monotonó uniforme, pero no por eso hay tristeza en ellos, lo que si se descubre es mucha sencillez, mucha calma y austeridad. Los niños se parecen todos entre si de una manera prodijiosa, y en todos ellos se ven reproducidas las facciones de sus padres, que consisten en el tipo holandés bien acentuado; cara aplastada, nariz redonda, juanete abultado, boca grande y ojos muy vivos. Los personajes tienen la cabeza descubierta, excepto Van Ostade, el gefe de aquella dinastía. La cisa está respirando una limpie-

za holandesa, y la familia se halla tan unida que los colores empleados en esta composición se hallan fundidos entre sí con una maravillosa armonía. Ya tenemos con esto su vida de familia.

En cuanto á la existencia artística, está la vemos en otro lienzo. Aquí cambia la escena; nos hallamos en otra pieza de la casa. El pintor está sentado delante de un lienzo, y armado de su tintero y de su pincel, traza un paisaje que bien luego animará con figuras de campesinos. La luna cae á plomo sobre el cuadro por una antigua ventana. Todos los muebles, todos los pormenores del estudio se hallan pintorescamente iluminados, ó ocultos entre las medias tintas. En el fondo se ve una escalera de madera por donde se sube al piso de encima y debajo de ella están dos discípulos del pintor trabajando en moler colores. Este es, representado á lo vivo, uno de aquellos laboratorios de pobre aspecto, de donde salieron tantas obras maestras que hoy se disputan á porfía los poderosos de la tierra, y que no se ven mas que en los palacios y en los museos públicos.

La mujer de Adriano Van Ostade, que hemos visto en el primer cuadro descrito al principio de este artículo, era hija de Van Goyen, uno de los primeros pintores de marinas que produjo la Holanda. La inmensa familia que tuvo en su matrimonio, le obligó á trabajar asiduamente. Nunca salía de su estudio, y si alguna vez acompañaba á Bauwer á las tabernas que está frecuentaba, no era para beber con él la hermosa cerbeza de Harlem, sino para bosquejar y estudiar sus personajes con sus hábitos y costumbres: de este modo se volvía á su casa, rico de observaciones, á pintar obras maestras llenas de vida y de color local, y á cuya cabeza puede ponerse, la *Disputa en la taberna*, que acompaña á este artículo: la Holanda está representada al vivo en este lienzo, bajo uno de sus puntos de vista por lo ménos.

J. J. ARNOEX.

BENEDETTA.

(Véanse las páginas 98, 106, 124, 133 y 140.)

— Lo que acabais de decirme, Benedetta, es la condenación de todas mis esperanzas y la muerte de mí porvenir. No sospechais siquiera las consecuencias de la sentencia que acabais de pronunciar con tanta impasibilidad: adiós!

Apénas hubo salido, cuando Benedetta cediendo al impulso de su amor dejó correr sus lágrimas en libertad. La jóven había roto voluntariamente el postrer anillo de aquella cadena que la unía á don José; había destruido de un golpe sus ilusiones y las últimas esperanzas que la sostenían todavía. Con una palabra nada mas había establecido entre ambos una eterna separación, y esta palabra que se alegraba mucho haber tenido valor para decirlo, esta palabra atormentaba su alma, porque sentía que ya no había opción posible para ella, y que debía á toda costa consagrar á otro hombre su fé. Aun se hallaba bajo el peso de estos remordimientos y angustias, cuando Metastasio con su aire discreto y sus graciosas maneras vino á sentarse á su lado. Mucho tiempo la estuvo contemplando mientras ella lloraba en silencio, pero de repente la dijo como si hubiera querido no interrumpir el curso sus de pensamientos.

— Hija mía, habeis visto al príncipe; su presencia os ha recordado tristes instantes, acaso ha despertado en vuestro corazón sentimientos que tal vez no creiais tan profundamente arraigados.

— Es cierto, Metastasio; he hecho mal en ceder á sus sú-

plicas, en consentir á verle de nuevo. Su tristeza me ha conmovido, y he padecido mucho con sus reconvenções; pero sin embargo, esta entrevista, que no era muy necesaria para desgarrar el velo que me habia puesto yo mismo sobre mis ojos, esta entrevista no dejara de tener su influencia para lo sucesivo. Deseo dar fin á esos combates que me matan: Metastasio, es preciso que me deis un esposo á vuestro gusto.

— Enhorabuena! exclamó el poeta estremeciéndose de alegría y lanzándose al cuello de la cantatriz; eso se llama ponerse en razon; cuanto he deseado oír esa palabra de vuestros labios; ya no falta mas que encontrar el marido, que no será por cierto muy difícil, consultando la larga lista de los que pretenden el honor de alcanzar vuestra mano. Qué felicidad será para el mismo en quien recae esa elección! Queréis un príncipe? Barberini me ha hablado muchas veces de la pasión que le arrastraba hácia vos: Doria mismo, el orgulloso Doria me ha dicho...

— No, no quiero príncipes, amigo mío...

— Tenéis razon, Benedetta; los príncipes son indignos de un tesoro como vos. Los príncipes os tendrían cautiva en las mil prerrogativas de su ambicioso título, y vuestro nombre, ese nombre tan bello y tan famoso ya en toda la Italia, se perdería entre los arrugados pergaminos y los bilasones. Dejemos á los príncipes que se unan entre sí, y busquemos entre los artistas uno que pueda ofrecer á tantos encantos una nueva aureola de gloria y un poco de esa felicidad que tanto merece la Diva de la Italia.

En la alegría del placer que le causaba la inspirada resolución de Benedetta, el poeta iba nombrando uno por uno todos los nombres de los artistas célebres, los examinaba, los discutía detenidamente, y todavía se hallaba muy lejos de adoptar alguno cuando el cardenal Anfossi se presentó á la puerta del aposento.

Las facciones del venerable prelado ordinariamente tan severas tenían una dulzura inusitada. Dando algunos pasos hácia Benedetta que había permanecido indiferente á todas las tribulaciones matrimoniales de Metastasio, despues de saludarla cortesmente la dijo con su afabilidad acostumbrada:

— Mas de una vez me habeis manifestado el deseo de visitar los grandes trabajos que ha emprendido el Santo Padre en el Vaticano. Vuestros deseos, ya lo sabeis, son órdenes para mí. He obtenido lo que no se o obtiene en el día, que es un permiso para entrar en el Museo que ahora se está haciendo, y si no temeis la compañía de un anciano tendré mucho placer en guiaros.

— Tantos honores, respondió la Diva estupefacta de un convite que por cierto no se esperaba, no pertenecen mucho á una mujer de teatro, y me hallo tan confusa que apenas sé como daros las gracias.

— El medio mas sencillo, hija mía, es el que me sigais. Metastasio no se negará sin duda á acompañarnos.

El poeta se inclinó para dar gracias por un favor cuyo precio conocia, y Benedetta poniendo su mano en la del cardenal quien la llevó á su coche de ceremonia, le dijo:

— Señor cardenal, he visto al príncipe de Acquaviva cumpliendo con vuestras órdenes.

— Está bien, hija mía, no hablemos de eso: apruebo vuestras decisiones, pero hoy quiero ser artista con vos y con vuestro poeta. Imitad mi ejemplo y aluyentad lejos de vos todo recuerdo que pueda importunaros. Qué decis de eso Metastasio?

— Vuestra Eminencia tiene ya á mi juicio mas de un título á la triple tiara, y hace mucho tiempo, Monseñor, que sois infalible para mí.

Bien luego llegaron todos bajo las columnas de San Pedro, donde antiguamente Benedetta iba á buscar, pobre y desnuda, algunas horas de sueño, y un momento despues penetraron en los patios interiores del palacio apostólico.

Para ver el Vaticano como es debido, para estudiar una á una las maravillas que hay en él, no bastaría la vida de un hombre; porque en el Vaticano se halla el compendio de todas las historias, el corolario de todos los estudios desde Fidas hasta el Dominiquino, desde la Venus hasta la Transfiguración.

Pero el Vaticano no habla solamente á los ojos sino que es objeto de estudio y de meditacion. Ninguna imperfeccion existe en la morada consagrada por tantos papas: el arte y la ciencia se han unido bajo su proteccion, protegidos poderosamente por la relijion en unos tiempos en que la ignorancia de los hombres, las guerras ó las discordias intestinas condenaban el genio á la oscuridad.

Esta era la reflexion que acababa de hacer Anfossi á Metastasio que se deshacia en elogios de tantas maravillas, y á Benedetta que comprendia tan bien aquellas grandes cosas, y cuyo corazón era un centro ardiente en que todas las aspiraciones del genio hallaban un puesto digno de ellas. Apoyada en el brazo del cardenal como una hija, escuchaba sus doctas lecciones. Los tres habian recorrido y admirado los trabajos acabados y habian estudiado con ese amor del italiano apasionado hácia todo lo bello, los nuevos primores añadidos á tantos otros; solos en medio de aquellas soledades pobladas por las obras maestras de tantos siglos habian agotado sus fuerzas sin poder agotar su admiracion, cuando el cardenal que vió al soberano Pontífice en uno de los jardines interiores del palacio, abrió de repente una puerta, y arrastró á la Diva y al Metastasio á los perfumados jardines del Vaticano.

— Pero señor cardenal, dijo Benedetta retrocediendo con un santo temor, el Papa se está paseando en ese sitio: va á llegar aquí; qué dirá al ver una cantatriz del brazo de uno de sus mas piadosos cardenales?

El soberano Pontífice pasó en efecto, y al ver á Anfossi que le saludó humildemente y á Metastasio y Benedetta que ya hincaban en tierra la rodilla esperando su bendicion, se volvió hácia el séquito de cardenales y de prelados que le rodeaban, y les dijo en voz alta:

— Os anuncio un milagro. El cardenal Anfossi reemplaza la severidad de la edad madura por una galanteria con cabellos blancos.

Un relámpago de alegría iluminó la frente austera de Su Eminencia. El cardenal se adelantó con paso grave hácia el séquito pontifical y colocando á Benedetta casi en frente del Papa, contestó:

— Santísimo padre, no me hago hombre, tio habeis querido decir, y tengo el honor de presentaros á mi sobrina la princesa de Acquaviva la legitima esposa de don José.

Metastasio lanzó un grito de sorpresa, grito que fué repetido como un eco por todas las personas de la comitiva del Papa que conocian muy bien á la cantatriz.

— Si señores, continuó Anfossi, mi sobrina querida que por sus virtudes y por sus atractivos es digna del elevado rango á que la elevó el amor de don José. Si Su Santidad lo permite, tendré el honor de dar á nuestro señor el Papa, en presencia de mi sobrina y de mi amigo Metastasio, todas las esplicaciones que puedan desearse.

A un ademán del soberano la muchedumbre de cortesanos se retiró algunos pasos. Entonces el cardenal contó en pocas palabras la fierna historia de Benedetta, y despues de

hecha esta relacion que habia conmovido profundamente tanto al Pontífice como al Metastasio, y que habia sido oída por Benedetta con el rostro oculto entre sus manos, el cardenal Anfossi continuó:

— Tantos sacrificios debian tener un término, Santísimo Padre. Despues de haberse consumido largo tiempo en los padecimientos de una enfermedad sin esperanza, y rodeada de todos los cuidados, de toda la amistad de mi sobrino, doña Maria princesa de Acquaviva ha muerto en Montpeller á los ojos del mundo dos días ántes que la venerable condesa que todos honramos. Don José al llegar aquí me dió parte de esta triste nueva, suplicándome que implorase el perdón de nuestro Santísimo Padre, lo primero, y luego tambien de Benedetta á quien prohibi terminantemente que descubriera esta desgracia, teniendo que ella tomara una determinacion tan contraria á mi corazón como al de mi sobrino.

— En consideracion á vuestras altas cualidades os concedo el perdón, respondió el Papa; ahora debéis solicitar el de esta noble dama; y si vuestras palabras pudiesen tener influencia alguna sobre su decision, os ayudariamos á suplirla; que devolviese una mujer á su marido y á su hijo un padre.

Benedetta, ya fuera de sí, se arrojó á los pies del Papa regándole los de lágrimas. El venerable anciano se inclinó para animarla, y habiendo entendido una palabra que solo pudo llegar á sus oídos, la dijo con un inflexible acento de verdad:

— Vamos, princesa de Acquaviva, levantaos, el cardenal Anfossi vuestro tio, y el buen Metastasio os llevarán á vuestro esposo el príncipe: mañana mismo quiero que venga aquí con vos y con el jóven heredero de vuestro nombre, á darme las gracias por haber sido el primero que ha oído caer de vuestra boca el perdón que os asegura su felicidad.

Despues de la presentacion oficial que tuvo lugar, segun los deseos del Papa, con toda la pompa de costumbre, los dos esposos acompañados del cardenal Anfossi, de Metastasio, de Palestri y de una brillante comitiva de nobles y de *monsignori*, fueron á la puerta Pia en donde la nueva princesa de Acquaviva orgullosa de cumplir con un voto de su marido, puso la primera piedra de un monumento, destinado por ella á servir de asilo á las jóvenes huérfanas sin recursos.

La fortuna que la cantatriz habia hecho en el teatro fué enteramente consagrada á esta buena obra, que aun en el día se llama *Casa-Diva*; y cuando se despuso de este modo de las riquezas que tan legítimamente habia conquistado con su talento, el cardenal la dijo:

— Acabais de guardar en la gratitud del pueblo y en el mármol, que la familia de Acquaviva ha debido dos veces su honor, y deberá nuevamente su brillo á Benedetta.

La princesa se sonrió y volviéndose con un gracioso abandono hácia Metastasio y Palestri, que habian seguido el hilo de estos sucesos con el alma llena de melancólicos sentimientos, les dijo enternecida:

— Supongo, mis queridos maestros, que no estaréis descontentos con vuestra discipula.

Metastasio meneó la cabeza tristemente y luego dijo inclinándose al oído de Palestri:

— El teatro se queda huérfano de su Diva: voy á abandonar la Italia para consolarme en la corte de Maria Teresa de esta pérdida irreparable. Roma tiene una princesa de mas, las artes una reina de ménos: no hay compensacion, amigo mío.

DUNSTAN DE KERLAC.